

La mujer ideal: tragedia femenina

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco



No siempre el discurso acerca de los orígenes de la subordinación, supuestamente esencial, de lo femenino a lo masculino es directo y evidente. Cuando se trata de discurrir acerca de la feminidad, los argumentos adquieren una gran variedad de matices y aunque algunos recurren con acierto a la sutileza, invariablemente coinciden en afirmar la supuesta superioridad, la autonomía del hombre. Parece también inevitable que esa autonomía se afirme a costa de la mujer.

Si bien es cierto que aquella subordinación es una cuestión social, cultural, y por ende, susceptible de cambiar a favor de las subordinadas, en ocasiones ha adquirido formas de legitimación muy sorprendentes, casi hasta diríamos geniales. A pesar de que no pueda una admirar tal genialidad ni grandeza de pensamiento debido al yugo implícito que se abalanza sobre la propia cabeza, a veces hay dos o tres aciertos dignos de agradecimiento.

En algunos pensadores que han tratado el tema de la femineidad se advierte cierta intencionalidad favorable a la mujer. Tal vez traten de obtener cierto consenso femenino, o acaso sea un desplante paternalista: en todo caso, la sutileza es el disfraz de algo inconfesable: la íntima convicción de la inferioridad femenina. Se me ocurre ocuparme ahora de un fragmento muy significativo del discurso hispano en torno a estas cuestiones.

Me referiré al pensamiento de José Ortega y Gasset a propósito de una literata argentina. La ocasión lo amerita, en nuestra cultura iberoamericana son escasas las expresiones masculinas al respecto -acaso por inconfesable-. Además, se trata de una expresión -caso contradictorio- que surge de la admiración provocada por una mujer poco convencional.

A todas luces es un texto sincero y convincente, aunque encierra una trampa, la trampa de la cual hemos querido zafarnos en los últimos 150 años: la

sutil trampa del espejo que convierte a las mujeres en el reflejo de las apetencias y los deseos masculinos.

En un texto pequeño en extensión, pero enorme en implicaciones y ciertamente merecedor de una difusión mayor, el filósofo madrileño (1883-1955) declara a Victoria Ocampo, a propósito de un estudio de la escritora argentina acerca de Dante: "Es usted, señora, una ejemplar aparición de feminidad". La presente reflexión es un ensayo acerca de una de las formas que adopta la "tragedia femenina", la subordinación a lo patriarcal. Tratará de distinguir en qué términos concibe Ortega la esencia de la mujer, a partir, precisamente, de lo que él llama la "feminidad". Mi intención es obvia: advertir a las incautas y a los incautos del engañoso artificio que se esconde tras la alabanza a la mujer ideal.

La equívoca apología orteguiana se titula *Epílogo al libro De Francesca a Beatrice*, y aparece en los Estudios sobre el amor, Espasa-Calpe, Madrid, 1964. El libro de Victoria Ocampo acerca de Dante se publicó en 1924, y puede consultarse publicado por la *Revista de Occidente*, cuatro años después.

Procede nuestro filósofo a explicar cuál es esa "feminidad" diciendo que

"Cada uno de sus <de Ocampo> movimientos tiene para nosotros un sentido normativo... ¿Y no es esto -la mujer como norma- el gran descubrimiento de Dante? Es una pena que la influencia peculiar de la mujer en la historia sea un asunto intacto y del cual la gente no sabe nada...", (La última afirmación, confieso vanidosa, me sorprende y me halaga).

Se lamenta para proclamar después que "...la historia ha avanzado según un ritmo sexual..." (p. 13-14). Así, mientras que la Alta Edad Media fue "un tiempo varonil" en el cual "la mujer no interviene en la vida pública", la Baja Edad Media "se caracteriza precisamente por la ascensión sobre el horizonte histórico del astro femenino".

Se refiere al cambio socio-cultural introducido por el amor cortés, a las cortes de amor y, en general a la "cultura de la cortesía", invención femenina que desde el siglo XII que sosegadamente moderó, merced a la "mesura" y a la "disciplina de interior pulimento e intelectual agudeza" la tosquedad y aspereza de la vida medieval; cultura de la suavidad que inauguraron las damas de Provenza y que Dante proclama en los albores del Renacimiento.

En efecto, el humanismo renacentista por su interés hacia todo lo humano implicó también una reconsideración de la identidad femenina. Al igual que el hombre -aunque no todos los hombres, solamente los de la clase privilegiada-, la mujer -aunque no todas- se vio enaltecida y dignificada, se le asignó un sitio permanente por primera vez en la Historia de occidente.

Al menos conceptualmente, se le otorgó un valor sin precedentes, casi insólito, a la mujer de gran virtud moral. Aunque sólo fuera simbólicamente, la mujer dejó de ser el objeto de creación masculina que existía en virtud del ideal caballeresco para convertirse en un sujeto capaz de sobresalir por su propia personalidad y con base en sus méritos intelectuales, no sólo en sus virtudes domésticas ni en su capacidad reproductora.

La mujer fue reconocida como ser humano, par

del hombre en la sociedad renacentista. Algunas mujeres se destacaron en campos que antes estuvieron vedados, como la propia Isabel la Católica o Jerónima de Palova de Almagóvar -a quien Boscán y Garcilazo elogiaron-, por citar a las del mundo hispánico. Universidades como la de Salamanca abrieron sus puertas a las estudiantas, y aunque por el privilegio de clase sólo una minoría tuvo acceso al saber y al conocimiento, esas mujeres se distinguieron socialmente y alcanzaron la libertad de realizarse individualmente. De la obra de numerosas renacentistas que se beneficiaron con la momentánea interrupción del falocentrismo en el conocimiento, da buena cuenta Ana Navarro (*Antología poética de escritoras de los siglos XVI y XVII*, Castalia, Madrid, 1989).

La nueva identidad femenina de que hablábamos fue consagrada por Baltazar de Castiglione en su célebre *El Cortesano*. Ahí indica la valía de la donna di palazzo o gentildonna: la dama perfecta. "La 'lei de cortezia' proclama el nuevo imperio de la 'mesura', que es el elemento donde alienta la feminidad" -dice nuestro filósofo.

Para explicar el cambio en nuestras costumbres y la nueva actitud, continúa Ortega y Gasset diciendo que si

"La mujer fue primero para el hombre una presa -un cuerpo que se puede arrebatarse-. A esta emoción venatoria sucede un sentimiento más delicado... Lo que en la mujer puede ser botín y presa que se toma de arrancada, no satisface... La presa se torna premio. Y para alcanzarlo es preciso hacerse digno de él, adecuarse al ideal del hombre que en la mujer dormita... ['] se invierten los papeles: el eversor cae prisionero... La cultura de la 'cortezia' inicia esta nueva relación entre los sexos, merced a la cual la mujer se hace educadora del hombre" (p. 16-17).

Con tal línea de pensamiento llega el hispano a una declaración que sorprende -y otra vez mi vanidad me traiciona- por su inclinación pro-mujer: "... He aquí precisamente la marcha de la historia, que es, de buena parte, la historia de los



Archivo fem

ideales masculinos inventados por la mujer” (p. 25).

Sin duda, hay que reconocer la gentileza de Ortega y Gasset que desafía temerariamente a Salomón, el sabio que consideraba que “la locura de un hombre vale más que la sabiduría de una mujer”, y que contradice de cabo a rabo a Claude Mauriac, el que se jactaba de que los hombres “escuchamos con un tono de indiferencia cortés a las mujeres más brillantes, sabedores de que su espíritu refleja de manera más o menos deslumbrante, una serie de ideas que provienen de nosotros” (J. A. Alegría, *Psicología de las mexicanas*, Ed. Samo, México, 1975).

En un plano meramente especulativo e idealista, declarar que la esencia de la mujer “refinada” consiste en su posibilidad de ‘educar al hombre’, es atribuir superioridad al genio femenino, al maestro. Siempre será superior el ideal a la materialización de ese ideal. Dice el filósofo: “Claro que este poder tan mágico y casi incorpóreo sólo puede residir en la mujer que se ha refinado -la que es gentil e non pura femmina dice con plena conciencia Dante-” (p. 17). Y agrega que tal poder femenino “podrá vivir un instante o no morir nunca: breve o perdurada es la ocasión de influencia máxima sobre el hombre que a la mujer se ofrece”.

Pese a todo pronóstico, Ortega y Gasset sucumbe de nuevo ante la tentación que ya antes había puesto fin a la incipiente superioridad liberadora de los renacentistas. Tal parece que el género masculino, pese al desarrollo intelectual y a las intenciones originales, no resiste la tentación de echarnos la soga al cuello. ¿Será que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones?

Nuestro filósofo español sucumbe sin empacho al poderoso ensueño del androcentrismo pues, de todos modos, la mujer viene a servir de musa, de inspiradora, de “encantadora de los hombres”. Su patriarcalismo es incuestionable, afirma con sinceridad que casi me convence:

“Es increíble que haya mentes lo bastante ciegas para admitir que pueda la mujer influir en la historia mediante el voto electoral y el grado de doctor universitario tanto como influye por esta su mágica potencia de ilusión” (p. 24).

Me resultad difícil sustraerme al halago pues afirma con gran convicción la importancia vital de la “alta misión biológica que a la hembra humana atañen en la historia”, altura evidente en el hecho de que un hombre tan genial como Dante “sólo aspira a la anuencia de Beatriz, a su aprobación”.

Me dejó subyugar porque también pretende liberar nuestra esencia de las cargas familiares, que tanto limitan y encadenan, al decir que “la mujer no es la esposa, ni es la madre, ni es la hermana, ni es la hija. Todas esas cosas son precipitados <derivaciones> que da la feminidad” (p. 18).

Sin embargo, reacciono a tiempo, advertida por mi intuición, cuando nos reduce mediante implicaciones de subgénero, cuando nos subordina al grupo hegemónico al concluir:

“El oficio de la mujer cuando no es sino mujer, es ser el concreto ideal (‘encanto’, ‘ilusión’) del varón. Nada más... De suerte que la mujer es mujer en la medida que es encanto o ideal (p. 23)... Por otra parte, se advierte que la encantadora misión de la mujer es el principio que hace posibles las restantes formas de feminidad. Si la mujer no encanta, no la elige el hombre para hacerla esposa que sea madre de hijas hermanas de sus hijos...” (p. 24).

En ello radica la tragedia femenina, en el “no la elige el hombre”. Por uno de esos retorcimientos históricos, a pesar de los afanes humanistas, y de que el liberalismo del XVIII había garantizado la igualdad entre hombres y mujeres, en pleno siglo XX, un filósofo de los nuestros -¡Oh paradoja!- ingeniosamente luego de la alabanza, impone el yugo.

El hombre se ha definido en términos de los atributos humanos y con una total autonomía de individuo; de ahí que al hablar del “ser humano” o del “género humano” se hable del “Hombre”. A lo largo de la Historia, se ha planteado repetidas veces la pregunta “¿qué es un hombre?” y se ha respondido de diversas maneras; a veces con un dogma, a veces con un sistema filosófico, otras con toda una disciplina del conocimiento. Sin embargo, la interrogante acerca de la esencia femenina ha sido respondida en términos que siempre la vinculan al individuo del sexo masculino. Mientras que la “humanidad” se refiere a las categorías y características de lo masculino, la feminidad ha sido delimitada por el hombre; tiene como fuente al otro ser humano, al que no se identifica como mujer.

Ello implica que la mujer ha sido definida, ha sido delimitada -y no sólo conceptualmente- no en tanto que mujer, sino en tanto que no-hombre. El origen de la problemática individual y social de las mujeres en nuestro tiempo reside, en buena parte, en esa falta de autonomía esencial.

¿Cómo solucionar esta carencia en el pensamiento femenino? El género humano dedicado a la especulación intelectual y al conocimiento sigue siendo mayoritariamente el de los hombres. Ya se ve que, a pesar de sus buenas intenciones, para muchos de ellos seguimos siendo humanos sin humanidad



Rotmi Enciso

Virginia Woolf, en relación con el mecanismo de la superioridad masculina:

“Para ambos sexos la vida es ardua, difícil, una lucha perpetua. Exige coraje y fuerza gigantesca... confianza en sí mismo. Sin esa confianza somos como niños en la cuna. ¿Y cómo elaborar con más rapidez esa imponderable cualidad...? Pensando que uno tiene alguna innata superioridad sobre los demás... De ahí para un patriarca que debe conquistar y gobernar, la importancia enorme de sentir que muchísima gente -medio

género humano en verdad- es por naturaleza inferior a él” (A room of one’s own, Londres, 1929, p. 33).

Todavía es inevitable concluir que cuando los hombres hablan de las mujeres se vuelve patente aquello de que

“hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada” (Loc. Cit.).

Aunque algo se ha adelantado de los tiempos de la Woolf a los de ahora, es urgente que las mujeres eviten soslayar la vida propia en aras de encuadrar en la identidad que algunos hombres les han inventado, que, lejos de ser “ideales de los hombres”, de disimular para satisfacer las necesidades masculinas y poder ser “escogidas”, expresen sus concepciones, valores e inteligencias. Una esencia y una identidad netamente femeninas nos permitirán también a nosotras “escoger al hombre”, si es que eso deseamos.

No debemos postergar la inmediata obligación de definirnos, de buscar nuestra identidad fijando las fronteras con lo “otro”, lo masculino. Con un pensamiento autónomo, será inevitable que los hombres aprendan a amar a la nueva mujer, a la auténtica, no a la ideal, producto de sus fantasías, sino a la real, producto de sí misma. Sólo así el género humano estará completo, cuando la participación y el intercambio vitales correspondan a ambas formas de existencia: a mujeres y a hombres.

completa. Incluso hace dos siglos se dudaba franca y abiertamente de que la mujer fuera un ser humano. Y estoy segura de que hoy en día muchas mujeres siguen convencidas de su inferioridad genérica, a fuerza de haber escuchado argumentos al respecto, de haber sentido y vivido las implicaciones de no marcar las fronteras una misma, de no definirse de manera autónoma.

La carencia no es exclusiva de nuestra cultura hispanoamericana. En pleno siglo XX, Freud compartía esta noción masculinista. ¿Acaso no éramos para él ejemplares deficientes? Si bien, llegó a concedernos cierta calidad humana al declararnos “hombres castrados”, otra vez la definición se hacía mediante el hombre como referente.

Con infinidad de argumentaciones como esta que aquí presento se ha llegado a concluir una supuesta “verdadera naturaleza de las mujeres” en términos de la imaginación, las apetencias y los deseos masculinos. Entre muchas otras cosas, la identidad que lo masculino ha atribuido a lo femenino sirve de sustento a la subordinación de las mujeres.

Conceptualmente hablando, sin el universo masculino como referente, todavía no se concibe el femenino.

Ante la pregunta retórica de Freud de “¿qué quiere una mujer?”, la respuesta femenina es urgente. Las mujeres queremos ser seres humanos íntegros, queremos elegir al hombre y ser ideales y reales, queremos vivir. Se agradece a Ortega y Gasset la graciosa especulación que podemos usar contra la invectiva de su coetáneo Antonio Machado, aquel que afirmaba “La mujer es el anverso del ser”. No obstante, permanece la sensación que expresaba